DOS CUENTOS INGLESES

Thomas Hardy



THOMAS HARDY

DOS CUENTOS INGLESES

Thomas Hardy

Dos cuentos ingleses



Thomas Hardy

Nació el 2 de junio de 1840 en Higher Bockhampton, Reino Unido.

En el año 1872, fue publicada *Bajo el verde bosque*, la primera novela importante de este autor y también la más lozana, y, en 1873, *Dos ojos azules* (*A Pair of Blue Eyes*), idealización de su noviazgo con Emma Lavinia Gifford, a la que Hardy se unió en matrimonio en 1874. Con *Lejos de la multitud enloquecida* (1874) empieza la serie de sus novelas más típicas, a la cual pertenecen *Retorno al país* (1878), *El alcalde de Casterbridge* (1886), *Los habitantes del país de los bosques* (1887), *Tess de los d'Urberville* (1891) y *Judas el oscuro* (1895). Estas obras están escritas en una prosa naturalista, clásica, y no obstante el poder de lo extraño brota a pesar del control que el autor ejerció sobre las palabras. Sus personajes son gobernados por las fuerzas férreas de la naturaleza y por los mecanismos, no menos férreos, de la sociedad victoriana.

Falleció en su residencia de Max Gate el 11 de enero de 1928 y recibió sepultura en el llamado Rincón de los Poetas (Poets' Corner) en la abadía de Westminster.

Dos cuentos ingleses
Thomas Hardy

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juarez Zevallos
Asesor de investigación: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Alvaro Emidgio Alarco Rios
Corrección de estilo: Katherine Lourdes Ortega Chuquihuara
Diagramación: Leonardo Enrique Collas Alegría
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

POR EL CIRCUITO OCCIDENTAL

I

El hombre que se convertiría en el elemento desestabilizador de las dos tranquilas vidas que van a presentarse a continuación (y que no era un gran hombre, en ningún sentido, dicho sea de paso) trabó conocimiento con ellas una noche de octubre en la ciudad de Melchester. Llevaba un rato en el recinto de la catedral, en un vano intento de ver en plena oscuridad la mole de arquitectura medieval más homogénea de toda Inglaterra, que se erguía en la extensión de hierba húmeda y llana que tenía delante e iba afilándose en su ascenso. Desde aquella posición, la presencia de los muros de la catedral se hacía evidente gracias al oído y no a la vista; el ojo no los percibía, pero en ellos rebotaba con fuerza un clamor que se colaba en el recinto por una calle procedente de la plaza mayor y que, al chocar contra el edificio, se proyectaba sobre el visitante.

Pospuso hasta el nuevo día el intento de examinar la desamparada construcción y dirigió la atención hacia el ruido. Lo formaban los organillos de vapor, el estruendo metálico de los gongs, el tañido de las campanillas, el

tableteo de las matracas y los gritos incomprensibles de los hombres. Una luz refulgente impregnaba el aire por donde se oía el tumulto. Y hacia allí se encaminó; pasó por el arco de la portalada, recorrió una calle recta y entró en la plaza.

En toda Europa no habría hallado mayor contraste entre escenas yuxtapuestas. El espectáculo, en color y llamas, era el del octavo abismo del Infierno y, en alborozo, una recreación del cielo homérico. Un resplandor cargado de humo, de la tonalidad de los empastes de latón, subía de las lenguas ardientes de innumerables lámparas de nafta clavadas en casetas, tenderetes y otras construcciones efímeras que atestaban la amplia plaza del mercado. Ante tal irradiación, hacinas de figuras humanas, más o menos de perfil, iban de un lado a otro, de arriba abajo, de derecha a izquierda y en círculo, como los mosquitos al atardecer.

Sus movimientos eran tan rítmicos que parecían accionados por una maquinaria. De pronto se hizo evidente que, en efecto, los accionaba una máquina, pues las figuras eran las de los clientes de los columpios, de los balancines y, sobre todo, de los tres tiovivos movidos por

motores de vapor que ocupaban el centro de la plaza. De estos últimos surgía el estrépito de los organillos.

La humanidad palpitante a plena luz era, pensándolo bien, mejor que la arquitectura a oscuras. Tras encender una pipa corta, colocarse el sombrero de lado y meterse una mano en el bolsillo, para armonizar con el nuevo hábitat, el joven se acercó al más voluminoso y más concurrido de los tiovivos, o «circos de vapor», como los llamaban sus dueños. Tenía un revestimiento brillante y estaba en aquel momento en plena rotación. El instrumento musical en torno al cual, siguiendo su ritmo, giraban los falsos jinetes, dirigía sus trompetillas de latón hacia el recién llegado, y los largos espejos de vidrio cilindrado colocados en distintos ángulos, que daban vueltas junto con la máquina, despedían ante sus ojos, como si de un caleidoscopio se tratara, los destellos de los personajes y los caballitos rotatorios.

Se veía ahora que aquel individuo no era como la mayoría. Se trataba de un joven con porte de caballero, de esa especie que se encuentra únicamente en las grandes ciudades, y en Londres en particular, de rasgos delicados y vestido con corrección si bien no a la moda;

tenía aspecto de pertenecer a la clase profesional y no había nada anguloso ni práctico en su estampa, y sí mucho curvilíneo y sensual. De hecho, algunos habrían dicho que no era en conjunto el típico hombre de clase media de un siglo en el que la ambición mezquina es la pasión dominante que parece ocupar el sitio consagrado del amor.

Las figuras giratorias pasaban ante sus ojos con una elegancia inesperada y serena entre una multitud cuyos movimientos naturales no sugerían, por regla general, ni elegancia ni serenidad. De algún modo, el funcionamiento del artilugio aportaba a los distintos caballitos un movimiento que constituía de hecho el triunfo y la perfección del ingenio aplicado a los tiovivos: subían y bajaban al galope con tal precisión que de cada par de corceles uno daba un brinco mientras el otro tomaba impulso. Los jinetes estaban totalmente entusiasmados con aquellas ondulaciones equinas de la atracción de feria más fascinante de nuestros tiempos. Algunos tenían apenas seis años y otros llegaban a los sesenta, y entre unos y otros estaban todas las edades. Al principio costaba distinguir a una persona en concreto, pero poco a poco los ojos del observador se centraron

en la muchacha más hermosa de todas las bellezas del tiovivo.

No era la joven del vestido y el sombrero claro la que primero le había llamado la atención; no, era la de la capa parda, la falda carmesí, los guantes claros y… No, tampoco esa, sino la de detrás, la de la falda negra, la chaqueta gris, el sombrero blanco y negro, y los guantes de algodón blanco. Sin duda alguna aquella era la muchacha más hermosa.

Después de haberla elegido por fin, el espectador ocioso la examinó todo lo bien que pudo en sus breves tránsitos por su campo de visión. La joven no prestaba la menor atención a nada que no fuera cabalgar a lomos del animal de madera: sus facciones se hallaban sumidas en un estado de ensoñación estática y no recordaba ni su edad, ni su historia, ni sus peculiaridades, ni mucho menos sus preocupaciones. Él, a su vez, cargaba con las vagas tristezas y melancolías tan habituales en nuestros días, por lo que contemplar a aquella criatura en aquel instante y en aquel lugar, feliz como si se encontrara en el paraíso, era una sensación reconfortante.

Temiendo el momento en el que el implacable fogonero, que debía de acechar lúgubremente tras la resplandeciente decoración rococó, decidiera que aquel grupo de clientes ya había recibido la diversión correspondiente al dinero abonado y obrara la pausa y el silencio de todo el conjunto de motor de vapor, caballitos, espejos, trompetas, tambores, platillos y demás, el hombre no dejó de esperar las reapariciones de la muchacha, pasando la vista con indiferencia por encima de las formas intermedias, entre otras las de dos criaturas menos atractivas, la anciana acompañada de un niño, los dos jovencitos, la pareja de recién casados, el viejo de la pipa de cerámica, el vivaz muchacho del anillo, las señoritas acomodadas en el carro y el par de aprendices de carpintero, hasta que la belleza rural que había elegido aparecía detrás de ellos, siempre en su puesto. Jamás había contemplado más hermosa creación de la naturaleza y en cada vuelta dejaba una huella más profunda en sus sentimientos. Llegó por fin la interrupción y se oyeron claramente los suspiros de los clientes.

El individuo se dirigió hasta el punto donde calculó que se apearía el objeto de su atención, pero la joven no se movió de su montura. Las sillas vacías empezaron a

llenarse de nuevo y se hizo evidente que había decidido dar otra vuelta. Se acercó al costado de su corcel y le preguntó con simpatía si había disfrutado de la atracción.

—¡Muchísimo! —exclamó ella sin dejar de mover los ojos—. ¡En la vida había sentido una cosa así!

No resultaba difícil entablar conversación con ella. Espontánea (en exceso) por naturaleza, carecía de experiencia suficiente para ser reservada por disciplina, y tras cierta insistencia respondió a sus preguntas de buena gana. Estaba viviendo en Melchester, aunque procedía de un pueblo de la gran llanura, y era la primera vez que veía un circo de vapor; no alcanzaba a comprender cómo funcionaban aquellas máquinas tan maravillosas. Había llegado a la ciudad gracias a una invitación de la señora Harnham, que la había acogido en su hogar para prepararla como criada, en caso de que demostrara aptitudes. La señora Harnham era una dama aún joven que de soltera se había llamado Edith White y había vivido en el campo cerca de la casita de quien daba las explicaciones; le mostraba una gran bondad porque la había conocido muy bien de niña. Incluso se tomaba el trabajo de educarla. La señora Harnham

era la única amiga con la que contaba en el mundo y, como no había tenido hijos, había preferido situar a la muchacha a su lado antes que a cualquier otra persona, si bien su llegada era bastante reciente. Le permitía hacer casi todo lo que quería y disfrutar de vacaciones siempre que lo solicitaba. El marido de tan caritativa señora era un rico vinatero de la localidad, pero la señora Harnham no estaba muy ligada a él. De día se veía la casa desde allí. A ella le gustaba Melchester más que el campo, tan solitario, y para el domingo siguiente iba a comprarse un sombrero nuevo que le costaría quince peniques con nueve.

A continuación preguntó al individuo dónde residía y este contestó que en Londres, ciudad añeja y cargada de humo en la que vivía todo el que vivía de verdad, antes de morir porque resultaba imposible vivir allí. Iba a Wessex dos o tres veces al año por motivos profesionales, había llegado de Wintoncester el día anterior y tenía previsto dirigirse al siguiente condado al cabo de una o dos jornadas. Tenía un motivo para preferir el campo a la ciudad, y era que en él había muchachas como ella.

Entonces entró en funcionamiento una vez más el mecanismo de placer y, para la alegre jovencita, la figura

del atractivo londinense, la plaza del mercado con sus luces y su multitud, las casas de la ciudad y el mundo entero empezaron a dar vueltas como antes, y a moverse en dirección contraria en los espejos giratorios de su derecha, como si fuera ella, por así decir, el punto fijo de un universo ondulante, cegador y refulgente en el que destacaba entre todas las cosas la silueta de quien acababa de ser su interlocutor. Cada vez que se aproximaba a la mitad de su órbita, cuando más cerca de él la llevaba, se miraban entre sonrisas y con esa expresión inconfundible que tan poco significa en el momento y que, sin embargo, tan a menudo conduce a la pasión, al desengaño, a la unión, a la desunión, a la devoción, a la sobrepoblación, a la pena, a la alegría, a la resignación y a la desesperanza.

Cuando los caballitos volvieron a reducir la marcha, el galán se subió a su lado y propuso otra ronda.

—¡Al diablo con los gastos por una vez! —exclamó—. ¡Pago yo!

Ella se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas y él le preguntó:

—¿Por qué se ríe, cariño?

—Pues porque… es usted tan refinado que seguro tiene mucho dinero y solo lo dice para hacer una gracia.

—¡Ja, ja!

Entre carcajadas, el joven sacó galantemente el dinero que permitió a la joven volver a montar.

Al verlo reír así entre el variopinto gentío, pipa en mano y vestido con el basto chaquetón de lana y el sombrero de fieltro de ala ancha que se había puesto para dar el paseo, ¿quién se habría imaginado que se trataba de Charles Bradford Raye, todo un señor abogado, aunque de los que aún llevaban toga de tela y no de seda. Educado en Wintoncester, licenciado en Lincoln's Inn, que en aquel momento se encontraba por el circuito occidental formando parte del tribunal itinerante y únicamente se había detenido en Melchester por un arbitraje menor una vez que sus compañeros se habían trasladado a la capital del siguiente condado?

II

En la esquina más alejada de la plaza quedaba la casa de la que había hablado la jovencita, una residencia majestuosa de dimensiones considerables, con varias ventanas en cada piso. Tras una de las del primero, perteneciente a un gran salón, había una señora que por su aspecto tendría entre veintiocho y treinta años. Las persianas no estaban aún bajadas y la dama miraba distraídamente la peculiar escena del exterior con una mejilla apoyada en una mano. En el salón no había ninguna luz encendida, pero el resplandor de la plaza bastaba para hacer visible su rostro. Era lo que suele denominarse una criatura interesante y no una mujer atractiva; tenía los ojos marrones, aire meditabundo y labios cargados de sensibilidad.

Por detrás de ella, andando despacio, entró un hombre en la estancia y se le acercó.

—Ah, Edith, no te había visto. ¿Qué haces aquí a oscuras?

—Miro la feria —respondió ella con voz lánguida.

—¿Ah, sí? ¡El mismo incordio horrible de todos los años! Ojalá pudiera hacerse algo para prohibirlo.

—A mí me gusta.

—Hum. Cada uno es muy suyo.

Miró por la ventana al lado de su mujer un instante, por cortesía, y después salió del salón. Al cabo de unos minutos, la señora Harnham tocó la campanilla.

—¿Anna no ha regresado todavía? —quiso saber.

—No, señora.

—Ya tendría que estar aquí. Creía que solo iba a salir diez minutos.

—¿Quiere que vaya a buscarla, señora? —se ofreció la criada.

—No. No es necesario; es buena chica y volverá enseguida.

Sin embargo, cuando la sirvienta se hubo marchado, la señora Harnham se levantó, se dirigió a su cuarto, se puso la capa y el sombrero, y bajó la escalera, al pie de la cual se encontró con su marido.

—Me apetece ver la feria —anunció— y me voy a buscar a Anna. Me he hecho responsable de ella y tengo que encargarme de que no le pase nada. No tendría que estar en la calle. ¿Me acompañas?

—Bah, seguro que está perfectamente. Al entrar la he visto en uno de esos chismes que dan vueltas, iba hablando con su pretendiente. Pero, bueno, tú ve si quieres; yo preferiría ir cien kilómetros en dirección contraria.

—Por mí no dejes de hacerlo. En fin, no me pasará nada si voy sola.

Salió de la casa y se adentró en la multitud que atestaba la plaza mayor, donde pronto vio a Anna, todavía sentada en el caballito. En cuanto se detuvo, se acercó a ella y preguntó con severidad:

—Anna, ¿cómo puedes ser tan cabeza hueca? Creía que solo ibas a estar diez minutos aquí fuera.

La joven se quedó perpleja y su acompañante, que se había colocado en un segundo plano, acudió en su ayuda.

—No la culpe, por favor —intervino cortésmente—. Si se ha quedado ha sido por culpa mía. Estaba tan elegante subida al caballito que la he animado a volver a montar. Le aseguro que no ha corrido ningún peligro.

—En ese caso, la dejo en sus manos —replicó la señora Harnham, antes de dar media vuelta.

Sin embargo, en aquel instante, el regreso no era tan sencillo. Algo había atraído a la muchedumbre hacia un punto a sus espaldas; y la mujer del vinatero, atrapada entre sus sacudidas, acabó apretujada contra el galán de Anna sin posibilidad de apartarse.

Sus rostros apenas distaban unos centímetros el uno del otro y el aliento del joven acariciaba la mejilla de la dama, además de la de Anna. Su único recurso era sonreír ante el accidente; ninguno de los dos dijo una palabra y se limitaron a esperar pasivamente. Entonces la señora Harnham notó que una mano de hombre le estrechaba los dedos y de la mirada de complicidad del desconocido dedujo que era la suya; también se dio cuenta, por la

posición de la muchacha, de que su acompañante estaba convencido de estar estrechando la mano de su sirvienta. Le habría costado decir qué la impulsó a no sacarlo de su confusión. Además, no contento con sujetar la mano ajena, introdujo con gesto travieso dos dedos en el guante de la señora Harnham, contra la palma. Y allí estuvieron hasta que se redujo la presión de la masa, pero pasaron varios minutos antes de que se dispersara lo suficiente para permitirle retirarse.

«A saber cómo se habrán conocido —se dijo mientras se alejaba—. La verdad es que Anna es muy atrevida y él, muy pícaro y encantador».

La actitud y la voz del desconocido, así como la ternura del roce ocioso, la habían estimulado con tal delicadeza que en lugar de entrar en casa giró sobre sus talones y se dedicó a observar a la pareja desde un rincón discreto. En realidad, razonó (pues era poco menos impulsiva que la propia Anna), era muy aceptable que Anna lo hubiera alentado, fuera cual fuese el modo en que había llegado a conocerlo; era tan caballero, tan fascinante y tenía unos ojos tan hermosos… La idea de que también fuera varios años menor que ella le arrancó un suspiro inexplicable.

Finalmente la pareja abandonó el tiovivo para dirigirse hacia la puerta de la casa de la señora Harnham y se oyó al joven decir que la acompañaba. Anna había encontrado, pues, un pretendiente, al parecer muy abnegado. La señora Harnham sentía un gran interés por él. Ya cerca de la entrada, lugar relativamente desierto a aquellas alturas, se hicieron invisibles unos instantes gracias a la sombra de un muro, donde se despidieron. Entonces Anna se dispuso a entrar en la casa y su acompañante volvió a cruzar la plaza en dirección contraria.

—Anna —la llamó la señora Harnham al acercarse—. ¡Te he visto! Ese muchacho te ha dado un beso al despedirse, estoy prácticamente segura.

—Es que… —tartamudeó la muchacha—. Bueno, ha dicho que, si no me importaba, ¡a mí no me haría ningún daño y a él, muchísimo bien!

—¡Ah, ya decía yo! ¿Y hasta esta noche no lo conocías?

—No, señora.

—Y sin embargo no me cabe duda de que le has dicho tu nombre y todo lo que hay que saber de ti.

—Es que me lo ha preguntado.

—¿Y él no se ha presentado?

—¡Sí, señora, claro que sí! —exclamó Anna, victoriosa—. Se llama Charles Bradford y es de Londres.

—Bueno, si es un caballero respetable por descontado que no tengo nada que objetar a que lo trates —aseguró su señora, predispuesta, en contra de todas las normas, a favor del individuo—. De todos modos, tendré que recapacitar si insiste en prolongar esa amistad. ¡Quién iba a decir que una chica de campo como tú, que nunca había vivido en Melchester hasta este mes y que en contadas ocasiones había visto a un hombre de las clases profesionales, sería tan espabilada y conquistaría a un joven londinense!

—Yo no lo he conquistado. Yo no he hecho nada —se excusó Anna, confundida.

Una vez dentro y a solas, la señora Harnham pensó en lo educado y caballero que parecía el joven pretendiente. Se había producido cierta magia al contacto de su mano galante y se quedó con la duda de qué le habría atraído de la muchacha.

A la mañana siguiente, la impulsiva Edith Harnham asistió al habitual oficio de los días laborables en la catedral de Melchester. Al cruzar el recinto entre la niebla, volvió a toparse con el hombre que le había interesado la noche anterior; estaba observando pensativo la arquitectura vertical de la nave y, en cuanto la señora ocupó su sitio, entró y se sentó en una silla de coro justo enfrente.

El caballero no le prestó una atención especial, pero ella tuvo la mirada pendiente de él en todo momento y siguió preguntándose con más afán que nunca qué lo habría cautivado de su bisoña criada. Estaba casi tan poco acostumbrada como la doncella a jóvenes mundanos como él, pues de otro modo no le habría dado tantas vueltas a la cuestión. Al cabo de un rato, Raye se marchó bruscamente, sin reparar en el oficio en curso, y la señora Harnham (que era una criatura solitaria e impresionable) perdió todo interés en alabar al Señor. Le entraron ganas de haberse casado con un hombre de Londres que conociera las sutilezas de las artes amatorias como, sin lugar a dudas, las dominaba quien por error le había acariciado la palma de la mano.

III

La lista de juicios pendientes en Melchester había sido corta, apenas había requerido del tribunal unas horas, y Raye no tenía cometido alguno en las sesiones en Casterbridge, la siguiente parada del circuito occidental, por lo que no había tenido que viajar más. En la ciudad posterior, el tribunal no se constituiría hasta el lunes siguiente, para empezar los juicios el martes por la mañana. Siguiendo el orden natural de los acontecimientos, Raye habría tenido que llegar el lunes por la tarde, pero hasta mediados del miércoles nadie vio su toga y su peluca gris, con sus distintas capas de rizos al mejor estilo de los bajorrelieves asirios, agitadas por el viento y por el balanceo de su rápido paso al salir de su alojamiento y empezar a recorrer la calle mayor. Sin embargo, aunque entró en el edificio ocupado por el tribunal itinerante, nada tenía que hacer; sentado a la mesa de paño azul de la zona correspondiente a los abogados, se dedicó a reparar plumas estilográficas, muy alejado mentalmente del caso que se juzgaba. Ideas de actos no premeditados, de las que una semana antes no

se habría considerado capaz, lo habían sumido en un estado de abatimiento e insatisfacción.

Se las había ingeniado para volver a ver a Anna, la hermosa doncella rústica, el día después de la feria. Había salido de la ciudad para ir con ella hasta los terraplenes del viejo Melchester y, presa de una intensa atracción, se había quedado en la ciudad el domingo, el lunes y el martes. A base de persuasión, había logrado sacarla de paseo y verla seis o siete veces en ese tiempo y, en pocas palabras, la había hecho suya en cuerpo y alma.

Se imaginaba que la reclusión en la que había vivido en Londres en los últimos tiempos era el motivo por el que se había entregado con tal desenfreno a esa pasión por una criatura tan sencilla, cuya inexperiencia la había llevado, desde el primer momento, a ponerse en sus manos sin objeciones. En gran medida deploraba haber jugado con los sentimientos de la muchacha por un deseo pasajero y abrigaba la esperanza de que esta no acabara sufriendo por su culpa.

Le había rogado que volviera a su lado, había suplicado, llorado. Raye se lo había prometido y pensaba cumplir su palabra. No podía dejarla así. Por muy incómoda

que fuera una vinculación involuntaria de ese género, la distancia de más de ciento cincuenta kilómetros (que para una joven de capacidades limitadas como ella eran en realidad mil) impediría en la práctica que semejante pasión veraniega se convirtiera en una traba importante para su vida. Al mismo tiempo, pensar en su amor humilde podría tener la ventaja negativa de apartarlo de los placeres ociosos de Londres cuando lo que pretendía era trabajar intensamente. Los viajes por el circuito lo llevarían a Melchester tres o cuatro veces al año y ya la vería en esas ocasiones.

El seudónimo, o más bien el nombre parcial, que le había dado antes de saber hasta dónde iba a conducirlo aquella relación había sido improvisado, sin la más mínima intención oculta. Después no había corregido el error de Anna, pero al marcharse se había sentido obligado a darle la dirección de una papelería no muy alejada de su residencia a la que podía escribirle con las iniciales «C. B.».

A su debido tiempo, Raye regresó a sus habitaciones londinenses, tras haberse detenido en Melchester de camino y haber pasado unas cuantas horas más con

su fascinante criatura de la naturaleza. En la capital los días pasaron monótonamente uno tras otro. A menudo, tanto sus aposentos como él se veían envueltos en una niebla parda que lo aislaba del mundo exterior, y cuando encendía el gas para leer o escribir su situación le resultaba tan poco natural que se quedaba mirando el fuego y pensando sin parar en la muchacha confiada de Melchester. A menudo, aquejado de una absurda añoranza, penetraba en la sombría y religiosa nave de los tribunales de justicia por la puerta norte, se abría paso a codazos entre otros abogados jóvenes vestidos como él, y como él carentes de contrato, y lograba entrar en uno de los juzgados que veían algún caso escandaloso, lo mismo que si participara en él, aunque los agentes de policía apostados a la puerta sabían tan bien como Raye que no tenía más relación con la causa que el público paciente y ocioso que se agolpaba a las puertas de la galería y que llevaba desde las ocho de la mañana esperando porque, al igual que él, pertenecía a las clases que se alimentaban de la expectación. Sin embargo, hacía esas cosas sin propósito alguno y pensaba en el enorme contraste entre los personajes de tales escenas y la sonrosada y despreocupada Anna.

Un detalle inesperado de la conducta de la doncella campesina era que no le había escrito todavía, a pesar de haberle dicho que podía hacerlo si lo deseaba. Sin duda jamás una jovencita se había mostrado tan reticente en tales circunstancias. Finalmente le hizo llegar una breve nota en la que la animaba claramente a escribir. No recibió respuesta a vuelta de correo, pero un día después el individuo de la papelería le hizo entrega de una carta con letra femenina y pulcra y matasellos de Melchester.

Solo recibirla bastó para satisfacer sus sentimientos imaginativos. No tuvo prisa por abrirla y de hecho tardó casi media hora en ponerse a leerla, esperando con ilusión sus intensos recuerdos y sus tiernos requerimientos. Cuando por fin puso los pies delante de la chimenea y desplegó las hojas, se quedó sorprendido y satisfecho al no encontrar en ellas rastro ni de extravagancia ni de vulgaridad. Era la carta más deliciosa que había recibido nunca de una mujer. Cierto, el lenguaje resultaba simple y las ideas escasas, pero desprendía tanta serenidad y era tan claramente obra de una jovencita segura de que su feminidad bastaba para alcanzar la dignidad que la leyó de principio a fin dos veces. Había llenado cuatro caras, con algunas líneas escritas transversalmente, según la

moda de tiempos pasados; además, el papel era común y corriente, y no del tono y el acabado en boga. Sin embargo, ¿qué más daba todo eso? Había recibido cartas de mujeres que con justicia se llamaban damas, pero nunca en la vida una tan acertada y tan humana como aquella. No habría sido capaz de destacar una única frase y decir que fuera en absoluto notable o ingeniosa; el *ensemble* de la carta era lo que lo había conquistado y, aparte de un único ruego para que le escribiera o fuera a verla pronto, ningún pasaje indicaba que la muchacha quisiera reclamarle nada.

Contestar e iniciar una relación epistolar era la última reacción que había previsto Raye para sí mismo en una situación así; sin embargo, acabó mandando unas líneas, concisas y alentadoras, que firmó con su seudónimo y que dedicó a solicitar otra carta y a prometer en tono alentador que trataría de verla de nuevo en fecha cercana y que jamás olvidaría lo mucho que habían significado el uno para el otro durante su breve trato.

IV

Volvamos ahora al momento en que Anna recibió la nota de Raye en Melchester.

Se la entregó directamente en mano el cartero en el curso de su ronda matutina.

La joven se ruborizó hasta el cuello al cogerla y le dio varias vueltas.

—¿Para mí? —preguntó.

—Pues claro. ¿Es que no lo ves? —sonrió el cartero, que adivinaba la naturaleza del documento y el motivo de la confusión.

—¡Ah, sí, claro! —respondió ella mientras examinaba la carta, soltaba una risita y se sonrojaba aún más.

El bochorno no la abandonó con la partida del cartero. Abrió el sobre, besó su contenido y se lo guardó todo en el bolsillo; así se quedó ensimismada hasta que se le saltaron las lágrimas.

Al cabo de unos minutos subió una taza de té a la señora Harnham, que se encontraba en su dormitorio.

—Qué cara tan triste tienes esta mañana, Anna —observó la dama nada más verla.

— ¿Qué sucede?

—No estoy triste, sino feliz. Lo que pasa es que… —Se detuvo para reprimir un sollozo.

—¿Y bien?

—He recibido una carta… pero ¿de qué me sirve si no soy capaz de leer una sola palabra de lo que dice?

—Pero, niña, ya te la leo yo si hace falta.

—Bueno, es que es de alguien… ¡No quiero que la lea nadie más que yo!

—No se lo contaré a nadie. ¿Es de aquel joven?

—Creo que sí —Se la entregó con gesto parsimonioso mientras añadía—: entonces, ¿me la lee usted, señora?

Este era el secreto del bochorno y la agitación de Anna: no había aprendido a leer y escribir. Se había criado al cuidado de una tía política, en una de las aldeas solitarias de la gran llanura central de Wessex, donde, incluso en tiempos de generalización de la enseñanza pública, no había ningún colegio a menos de tres kilómetros. Su tía era una mujer ignorante y nadie había indagado en las circunstancias de Anna, nadie se había encargado de que adquiriera unas nociones básicas; no obstante, como suele suceder en estos casos, no le habían faltado ni comida ni vestido, ni la habían tratado mal. Desde que vivía en Melchester, la señora Harnham, que demostraba un amable interés por ella, le había enseñado a hablar con corrección, tarea para la que la muchacha había manifestado una disposición considerable, como no es extraño entre los analfabetos, y no había tardado en hacer gala de una gran soltura en el empleo de la fraseología de su señora. Asimismo, su bienhechora había insistido en que tuviera un cuaderno de caligrafía y empezara a practicar. La alumna se había revelado más lenta en esta rama de su educación y en esas había llegado la carta.

Los grandes ojos castaños de Edith Harnham expresaron cierto interés por lo que decía, pero, fiel a su

cometido de mera intérprete, puso en su tono de voz toda la pasividad mecánica de la que fue capaz. Leyó, pues, la breve epístola hasta la última frase, en la que se requería a Anna sin formalidad que respondiera con todo su cariño.

—Vaya… Lo hará usted por mí, ¿verdad, mi querida señora? —rogó la joven con impaciencia—. Y lo hará todo lo bien que pueda, ¿a que sí? Se lo ruego. No podría aguantar que se creyera que soy incapaz de hacerlo por mí misma. ¡Si se enterara, me tragaría la tierra y me moriría de vergüenza!

Algunas palabras de la carta llevaron a la señora Harnham a hacer ciertas preguntas, y las respuestas que recibió confirmaron sus sospechas. Una intensa preocupación se apoderó de ella al ver hasta qué punto la chica había supeditado su felicidad a aquel reciente idilio. Se sintió culpable por no haberse inmiscuido en un amorío que tan graves consecuencias había tenido para la pobre criatura a su cargo, pese a que en su momento, al verlos juntos, había tenido la impresión de que no le correspondía cortar aquel brote de amor juvenil aún por florecer. Fuera como fuera, ya no había vuelta atrás; y en aquel momento era su obligación, como única protectora

de Anna, ayudarla en la medida de lo posible. A la emotiva solicitud de que redactara la respuesta a la misiva de aquel joven londinense, la señora Harnham se veía, pues, obligada a acceder para no debilitar su vínculo con la chica, aunque en otras circunstancias habría propuesto a la cocinera como amanuense.

De este modo se fraguó una tierna réplica que Edith Harnham escribió de su puño y letra y que fue la carta que recibió Raye y la que tanto lo satisfizo. Se redactó por descontado en presencia de Anna, con su propio y humilde papel y hasta cierto punto siguiendo sus indicaciones, pero la vida, el alma y la individualidad pertenecían a Edith Harnham.

—¿No quieres al menos firmarla tú? —propuso al terminar—. A estas alturas eso ya sabrás hacerlo.

—No, no —se negó la muchacha, dando un paso atrás—. Lo haría muy mal. ¡Se avergonzaría de mí y no querría volver a verme!

La nota, que con tanta elegancia solicitaba respuesta de él, tuvo en sus hojas, como hemos visto, la fuerza necesaria para obtenerla. El abogado manifestaba que

saber de ella era un placer tan grande que debía escribir todas las semanas. Así pues, Anna y su señora repitieron el mismo proceso, que prosiguió regularmente durante varias semanas: Edith concebía y escribía las cartas mientras la muchacha esperaba de pie a su lado, y también leía y comentaba las respuestas, de nuevo mientras Anna escuchaba atenta.

Una noche de invierno, tras el envío de la sexta carta, la señora Harnham se encontraba a solas delante de los rescoldos de la chimenea. Su marido ya se había retirado y ella había entrado en ese estado de profunda abstracción que prescinde de la hora o de la temperatura. El embelesamiento de Edith obedecía a algo extraño que había hecho aquel mismo día. Por vez primera desde la visita de Raye, Anna se había ido a pasar una o dos noches con sus amistades de la aldea de la llanura, y en su ausencia había llegado, inesperadamente, una carta de su pretendiente a la que había contestado por su cuenta, desde lo más profundo de su corazón, sin esperar la colaboración de su sirvienta. El lujo de escribir aquellas palabras de las que únicamente Raye tendría conocimiento había sido grande y se había entregado a él. ¿Por qué era un lujo?

Edith Harnham llevaba una vida solitaria. Movida por esa idea de los padres británicos de que una mala boda con sus aspectos aborrecibles es mejor que la feminidad libre con sus intereses, su dignidad y su ocio, había accedido a casarse con el anciano vinatero como último recurso, a la edad de veintisiete años (unos tres antes de los hechos que nos ocupan), para darse cuenta con el tiempo de que había cometido un error. Aquel contrato había determinado que siguiera siendo una mujer cuya naturaleza más íntima nunca se había despertado.

Empezaba a darse cuenta con claridad de que se había entregado hasta el fondo del alma a la imagen de un hombre para quien, como mucho, era un simple nombre. Al principio la habían atraído de él su prestancia y su voz, su tierna caricia, y luego, y con todo lo anterior como acicate, la redacción de una carta tras otra y la lectura de sus gratas respuestas habían encendido en ella, de modo imperceptible, una emoción que avivaba la de él: de este modo había surgido una reciprocidad magnética entre los corresponsales, por más que uno de ellos escribiera con una personalidad que no era la suya. Que hubiera sido capaz de seducir a otra mujer en dos días suponía para él la consumación de una fascinación inconsciente por ella como animal femenino.

Eran sus propias ideas apasionadas pero encajonadas (reducidas a una fraseología monosilábica a fin de no desvelar el disfraz) las que Edith vertía en las cartas que firmaba con otro nombre, para gran satisfacción de Anna, quien, con su escasa profundidad, ni remotamente habría podido sin su ayuda concebir aquellas hermosas locuciones para conquistarlo, ni aunque hubiera sido capaz de escribirlas. Edith consideraba que a eso precisamente, a sus sentimientos personales, era a lo que respondía el joven abogado. Las pocas frases de labios de Anna que de vez en cuando añadía no parecían dejar huella en él.

De lo escrito en su ausencia la muchacha nada supo, pero a su regreso a la mañana siguiente anunció que deseaba ver a su pretendiente de inmediato para tratar cierto asunto y rogó a la señora Harnham que le pidiera que fuera a visitarla.

Su comportamiento dejaba entrever un desasosiego extraño que Edith no pasó por alto y que acabó desembocando en un torrente de lágrimas. Se echó sobre las rodillas de su señora y confesó que pronto sería necesario revelar el resultado de las relaciones mantenidas con su pretendiente.

Edith Harnham era lo bastante generosa para no plantearse ni mucho menos poner a Anna de patitas en la calle ante semejante situación. Ninguna mujer que lo sea de verdad se inclina jamás a hacer algo así por convicciones personales, por mucha prisa que se dé en tomar tales medidas cuando se trata de proteger a su familia. Aunque hacía muy poco que había escrito a Raye, de inmediato redactó otra nota con la firma de Anna en la que daba a entender de forma clara, aunque con tacto, el estado de la cuestión.

Raye contestó con unas líneas apresuradas para informarla de lo mucho que le había afectado la noticia: creía que debía ir a verla prácticamente de inmediato.

Sin embargo, una semana después, la muchacha se presentó en el cuarto de su señora con otra nota que, una vez leída, reveló que, después de todo, el caballero no disponía de tiempo para el viaje. Anna, rota de dolor, siguió no obstante los consejos de la señora Harnham y se abstuvo por completo de lanzarle los reproches y la amargura que suelen sacar a relucir las jovencitas en su posición. Una cosa era fundamental: que el interés romántico del joven no decayera. Por consiguiente, y en

nombre de su protegida, Edith procedió a rogarle que en modo alguno se afligiera por culpa del acontecimiento inminente y no fuera a verla con precipitación si no le parecía propicio. Ante todo deseaba no ser una carga para su carrera profesional, un obstáculo para sus ilustres actividades. Le había parecido conveniente informarlo de lo acontecido, pero le pedía que no se dedicara a pensar en ello. Lo único que deseaba era que siguiera escribiéndole aquellas cartas tan cariñosas; cuando volviera a pasar por la región en el circuito primaveral ya habría tiempo de intercambiar opiniones sobre la mejor solución.

Puede suponerse sin temor a equivocarse que los sentimientos reales de Anna no acababan de ajustarse a tan generosas expresiones, pero se impuso el criterio de la señora y la criada consintió:

—Lo único que me gustaría es saber decir todas esas cosas bonitas que pone usted tan bien en las cartas, mi querida, querida señora. ¡Todo lo que yo no consigo de ninguna de las maneras sacar de la cabeza, aunque quiera decir lo mismo y sean esos mis sentimientos cuando lo escribe usted!

Cuando se envió la carta y Edith Harnham se quedó sola, se encorvó sobre el respaldo de la silla y se echó a llorar.

—¡Ojalá fuera mío! ¡Ojalá! —murmuró—. Pero ¿cómo puedo decir algo tan siniestro?

V

La carta conmovió considerablemente a Raye cuando la recibió. La noticia en sí le había afectado menos que la forma inesperada en que lo trataba la muchacha con respecto al asunto en cuestión. La completa falta de reproches, la devoción a los intereses de su amado, el sacrificio manifiesto en todas y cada una de las líneas: todo desvelaba una nobleza de carácter que jamás había soñado encontrar en una mujer.

—Que Dios me perdone —exclamó con voz trémula—. Menudo sinvergüenza he sido. ¡No sabía que era un tesoro de semejante calibre!

La tranquilizó al instante asegurando que, por descontado, no iba a abandonarla, que le proporcionaría un hogar en alguna parte. Por el momento, debía quedarse donde estaba mientras su señora lo permitiera.

Sin embargo, sobrevino una desgracia que lo impidió. No puede decirse si rondó o no por la cabeza del marido de la señora Harnham una vaga idea de las circunstancias

de Anna, pero lo cierto es que la joven se vio obligada, pese a las súplicas de Edith, a dejar la casa. Por elección propia, regresó durante una temporada a la casita rural de la llanura, lo que llevó a entablar negociaciones para el mantenimiento de la correspondencia. Dado que la chica era incapaz de continuar personalmente lo que se había iniciado en su nombre, y teniendo en cuenta las dificultades para seguir trabajando de común acuerdo como hasta la fecha, solicitó a la señora Harnham (la única amistad bien situada que tenía en el mundo) que fuera recibiendo las cartas y contestándolas a vuelta de correo, aunque enviándoselas también a ella en la llanura, donde al menos podría pedirle a alguna vecina que se las leyera, si es que daba con una de confianza. Anna y su arcón partieron entonces rumbo a su antiguo hogar.

Así Edith Harnham se encontró en la extraña posición de tener que mantener correspondencia, sin la supervisión de la interesada, con un hombre que no era su marido y en condiciones que en la práctica eran las de una mujer casada, para tratar un estado corporal que no era en absoluto el suyo; además, sentía en secreto por el individuo en cuestión, en gran medida tras la afinidad surgida mientras representaba su papel, cierta

predilección, sutil y llena de imaginación sin duda, pero no por ello menos intensa y absorbente. Abría las cartas a su llegada, las leía como si fueran para ella y contestaba movida por las emociones de su corazón y no por otras.

A lo largo del proceso, desarrollado en ausencia de la muchacha, Edith Harnham, muy nerviosa, vivió en el éxtasis de la fantasía; aquellas relaciones íntimas indirectas engendraron un torrente de ardor jamás superado. Obedeciendo a su conciencia, en un principio hacía llegar a Anna todas las cartas de su pretendiente, e incluso copias en borrador de sus contestaciones, pero más adelante esas supuestas copias empezaron a abreviarse cada vez más y en muchos casos no llegaron a enviarse ni la carta ni la respuesta.

A pesar de ser hombre sensual y, al menos en la superficie, infestado por los vicios y excesos de la sociedad artificial, el carácter de Raye tenía un sustrato de sinceridad y franqueza. Albergaba realmente cariño por aquella muchacha de campo, un sentimiento que fue creciendo a medida que vio cómo parecía capaz de expresar la sensibilidad más profunda con las palabras más sencillas. Meditó y vaciló y por fin resolvió consultar

a su hermana, que era soltera y mucho mayor que él, una mujer muy comprensiva y con buenas intenciones. Al hacerle esta confidencia le enseñó algunas de las cartas.

—Parece relativamente educada —comentó la señorita Raye—. Y de ideas perspicaces. Se expresa con un gusto que por fuerza tiene que ser innato.

—Sí, escribe con mucha elegancia, ¿no es cierto?, gracias a esos colegios de educación primaria.

—Le enternece a una el corazón, a pesar de como son las cosas, pobrecita.

El resultado de la charla fue que, aunque su hermana no se lo había aconsejado directamente, Raye escribió, con su verdadero nombre, lo que nunca habría decidido escribir por iniciativa propia; es decir, que no podía vivir sin ella y que iría a verla en primavera y pondría solución a los obstáculos que se avecinaban casándose con ella.

Anna tuvo noticia de aquella gallarda aceptación de la situación a través de la señora Harnham, que partió de inmediato hacia la casita de la llanura. La joven se puso a dar saltos de alegría como una chiquilla y, a continuación,

ofreció indicaciones torpes y burdas para la redacción de una respuesta adecuada. A su regreso a la ciudad, Edith Harnham las puso en práctica con un énfasis afectuoso.

—¡Ay! —gimió al soltar la pluma—. Anna, pobrecita, tan buena y tan ingenua, no tiene la inteligencia necesaria para apreciarlo. ¿Cómo iba a tenerla? Y mientras yo… ¡no llevo a su hijo en mi seno!

Estaban ya en febrero. La correspondencia se había prolongado cuatro meses en total y en su siguiente carta Raye aludía sin ahondar en ello a su posición y a sus expectativas. Señalaba que, al ofrecerse a casarse con ella, al principio se había planteado retirarse de una profesión que hasta el momento le había reportado emolumentos muy escasos y que, dicho sin rodeos, le había parecido difícil seguir ejerciendo si se casaba con ella. No obstante, el filón inesperado de inteligencia y fervor que aquellas cartas le habían revelado oculto en la afectuosa personalidad de Anna lo había empujado a descartar tal idea, un tanto lúgubre. Había llegado a la conclusión de que, con su capacidad de perfeccionamiento, después de unas sesiones particulares de preparación para las formalidades sociales de Londres supervisadas por

él, o con ayuda de una preceptora si era necesario, se convertiría en la mujer más que adecuada para un hombre con sus posibilidades profesionales, incluso si llegara a ser lord canciller. Muchas mujeres casadas con los hombres que habían ocupado ese puesto habían tenido menos intuición sobre lo que suponía ser una señora de la que había demostrado ella en las líneas que le había escrito.

—¡Ay, pobre hombre, pobre hombre! —se lamentó Edith Harnham.

Su angustia bramaba ya con la misma fuerza que su pasión. Era ella quien lo había llevado hasta ese punto, hasta una boda que iba a ser su ruina; sin embargo, no podía, pues se compadecía de su criada, hacer nada para entorpecer los planes del caballero. Anna iba a trasladarse a Melchester aquella semana, pero en modo alguno podía enseñarle aquella última carta de su prometido, que tanto desvelaba de la segunda personalidad que había ocupado el lugar de la primera.

Llegó, pues, la joven, y su señora se la llevó a su habitación para hablar con confianza. Anna empezó

diciendo con cierta inquietud que se alegraba de que la boda fuera a celebrarse pronto.

—¡Ay, Anna! Creo que tenemos que contárselo todo, que quien ha escrito tus cartas he sido yo, para que no lo descubra todo cuando ya estés casada y eso cree discordias y recriminaciones…

—¡Ay, señora, mi querida señora, no se lo cuente ahora, se lo pido por favor! — gritó Anna, angustiada—. Tal vez no quiera casarse conmigo, y entonces ¿qué va a ser de mí? ¡Lo que me pasaría sería terrible! Y además sigo practicando la caligrafía. He traído el cuaderno que me regaló usted con tanta bondad y practico todos los días. Y, bueno, aunque es muy, muy difícil, al final conseguiré hacerlo bien, estoy segura, si sigo intentándolo.

Edith echó un vistazo al cuaderno. Los ejercicios los había preparado ella misma y el progreso que había hecho la muchacha consistía en imitaciones grotescas de su escritura. De todos modos, aunque hubiera logrado reproducir su fluida caligrafía la inspiración siempre habría sido harina de otro costal.

—Usted lo hace estupendamente —prosiguió Anna— y dice todo lo que quiero decir yo mucho mejor, ¡y por eso espero que no me deje ahora en la estacada!

—Muy bien, pero me… me parece indicado no seguir escribiéndole.

—¿Por qué?

El firme deseo de confesar sus sentimientos empujó a Edith a responder con sinceridad:

—Por el efecto que provoca en mí.

—Pero ¡eso no puede ser!

—¿Por qué, hija mía?

—¡Pues porque ya está usted casada! —exclamó la joven con una simplicidad cargada de lucidez.

—No, claro que no puede ser —reconoció su señora apresuradamente, aunque se alegraba, a pesar de lo que le dictaba la conciencia, de tener todavía por delante dos o tres composiciones—, pero tú tienes que concentrar toda la atención en escribir tu nombre como lo escribo yo aquí.

VI

Raye no tardó en mandar una carta para hablar de la boda. Decidido a sacar el máximo partido a lo que había temido que fuera una locura romántica, se había entusiasmado más con el extraordinario experimento. Quería que la ceremonia se celebrase en Londres, para que fuera más íntima. Edith habría preferido Melchester; Anna no se pronunciaba. Se impuso el razonamiento del novio y la señora Harnham se entregó con un celo y aflicción a los preparativos de la partida de su pupila. En un último impulso desesperado de asistir contra viento y marea al momento de la muerte de su sueño, así como de ver de nuevo al hombre que por una especie de telepatía había ejercido semejante influencia en ella, se ofreció a acompañar a Anna para estar a su lado en la ceremonia («para estar con ella hasta el final», se dijo con una alegría forzada), oferta que la joven aceptó de buen grado, pues no contaba con ninguna otra amistad capaz de desempeñar el papel de acompañante y testigo ante un novio que era un caballero, y no quería que alguien se formara precipitadamente la opinión de que este había cometido un error social gravísimo e irremediable.

En una mañana de marzo en que todo estaba embarrado, Raye se apeó de un coche de alquiler de cuatro ruedas a la puerta de un registro civil del distrito suroccidental de Londres y ayudó a bajar con delicadeza a Anna y a su acompañante, la señora Harnham. La novia hacía honor a su atractivo con el traje de novia relativamente a la moda que Edith la había ayudado a comprar, aunque ese atractivo era un tanto menor que el día en que, siendo una niña inocente, había aparecido con su vestido de campo a lomos del caballito de madera de la feria de Melchester.

La señora Harnham había llegado la misma mañana en tren a primera hora. Un joven, amigo de Raye, se encontró con ellos en la puerta y juntos entraron en el edificio. Hasta hacía una hora, el novio no había visto nunca a la mujer del vinatero, con la excepción de aquel primer encuentro casual, y con el revuelo de la ceremonia apenas tuvo oportunidad de intercambiar unas palabras. El contrato de matrimonio en un registro civil requiere poco tiempo, pero de algún modo, en el curso de su celebración, Raye detectó una atracción extraña y furtiva entre la amiga de Anna y él.

Una vez concluidas las formalidades del enlace (o, mejor dicho, de la ratificación de una unión anterior), los cuatro se desplazaron en un coche de alquiler a la nueva zona residencial donde se encontraban las habitaciones del novio, a las que se había trasladado recientemente después de descartar el alquiler de una casa, que mal podía permitirse en aquel momento. Una vez allí, Anna cortó el pastel, de dimensiones reducidas, que Raye había comprado en una repostería al volver de Lincoln's Inn la tarde anterior. Aparte de eso, no hizo gran cosa. El padrino se vio obligado a excusarse casi de inmediato y, en cuanto se hubo marchado, apenas quedaron otros que Edith y Raye, que intercambiaron opiniones con gran animación. La conversación era, en efecto, cosa suya, ya que Anna parecía un animalillo doméstico que escuchaba con humildad pero no entendía. Raye se extrañó al reparar en esa circunstancia y empezó a sentirse insatisfecho con la falta de aptitudes de su mujer.

—Señora Harnham, mi mujercita está tan inquieta que no sabe ni lo que hace ni lo que dice —dijo por fin, más decepcionado de lo que quería reconocer—. Ya veo que después de este lance será necesario un poco de calma antes de que verbalice la tierna filosofía con la que me deleitaba en sus cartas.

Tenían previsto salir a primera hora de la tarde hacia Knollsea, para pasar allí los primeros días de su vida de casados, y, en vista de que se aproximaba el momento de partir, Raye pidió a Anna que fuera al escritorio de la habitación contigua para escribir unas líneas a su hermana, que no había podido asistir a la boda por una indisposición, para informarla de que la ceremonia había concluido, agradecerle el detalle que les había enviado y expresarle su deseo de conocerla bien, pues desde entonces era su hermana, además de la de Charles.

—Dilo con ese hermoso tono poético que tan bien conoces —añadió—, pues tengo especial interés en que la cautives y se hagan buenas amigas.

Anna parecía intranquila, pero se fue a cumplir con su tarea, mientras Raye se quedó a charlar con la invitada. La recién casada estuvo ausente un buen rato y por fin su marido se puso en pie de repente y fue a buscarla.

La encontró aún encorvada sobre el escritorio, a punto de que se le saltaran las lágrimas. Raye miró entonces la hoja de papel de carta con cierto interés, con ganas de ver con qué tacto había expresado su buena voluntad en tan delicadas circunstancias, pero se sorprendió al

comprobar que apenas había avanzado unas líneas, con la letra y la ortografía de un niño de ocho años y las ideas de un ganso.

—Anna, ¿qué es esto? —preguntó, mirándola extrañado.

—Lo que pasa es que… ¡No sé hacerlo mejor! —gimió ella entre lágrimas.

—¿Eh? ¡Qué tontería!

—¡Es cierto! —insistió, con triste y sollozante atrevimiento—. Aquellas… Aquellas… ¡Aquellas cartas no las escribí yo, Charles! ¡Lo único que hice fue decirle a ella lo que tenía que poner! ¡Y a veces ni eso! Pero estoy aprendiendo, y muy rápido, mi querido, querido marido. Y me perdonarás, ¿verdad?, por no haberte contado antes.

Cayó de rodillas, lo sujetó por la cintura sin rastro de dignidad y pegó la cara a su cuerpo.

Raye no se movió durante unos instantes, luego la levantó, dio media vuelta abruptamente, le cerró la

puerta en las narices y volvió al salón con Edith, que enseguida se percató de que había sucedido algo funesto. Se miraron el uno al otro.

—¿Estoy en lo cierto? —preguntó, pálido y apagado—. ¿Ha sido usted quien le ha escrito las cartas todo este tiempo?

—Era necesario —respondió Edith.

—¿Le dictó una por una todas las palabras que me escribió?

—No todas.

—¿En realidad, muy pocas?

—Muy pocas.

—¡Redactó gran parte de esas páginas semana tras semana a partir de sus propios sentimientos, aunque con su firma!

—Sí.

—¿Y quizá muchas las escribió sola, sin comunicarse con ella?

—En efecto.

Raye se volvió hacia la librería, se apoyó en ella y se llevó la mano al rostro. Al ver su aflicción, Edith se quedó blanca como el papel.

—¡Me ha engañado, ha destrozado mi vida! —musitó él.

—¡Ay, no diga eso! —exclamó ella, atormentada, mientras se ponía en pie de un salto y le colocaba la mano sobre el hombro—. ¡No puedo aguantarlo!

—¡Me ha conquistado con ardides! ¿Por qué lo ha hecho? Dígame, ¿por qué?

—¡Empecé para hacerle un favor! ¿Cómo podía negarme a tratar de salvar del sufrimiento a una muchacha tan simple? Pero reconozco que continué por placer personal.

Raye levantó la vista y preguntó:

—¿Y por qué era un placer?

—No puedo contestar.

Siguió observándola y vio que de repente empezaban a temblarle los labios ante semejante reconocimiento a fondo y asomaban lágrimas a sus ojos lánguidos. Edith se apartó y anunció que debía irse a la estación para coger el tren. ¿Podía pedirle un coche de inmediato?

Sin embargo, Raye se dirigió hasta ella y tomó su mano sumisa.

—¡Bueno, quién iba a imaginarse una cosa así! —exclamó—. Resulta que usted y yo somos amigos… amantes… amantes abnegados… por correspondencia.

—Sí, supongo que sí.

—Más.

—¿Más?

—Está claro que más. De nada sirve negarlo. Legalmente he contraído matrimonio con ella (¡Dios

se apiade de nosotros!), pero en alma y en espíritu me he casado con usted ¡y con ninguna otra mujer de este mundo.

—¡Calle!

—¡No, me niego a callar! ¿Por qué quiere disfrazar toda la verdad cuando ya ha reconocido la mitad? Sí, el vínculo existe entre usted y yo, y no entre ella y yo. No voy a añadir nada más, pero, ay, mi cruel amada, creo que tengo derecho a pedirle una cosa.

Edith no abrió la boca y Raye la acercó y se inclinó sobre ella.

—Si las cartas han sido pura invención, ponga solo la mejilla —ordenó categóricamente—. Si lo ha dicho todo de corazón, que sean los labios. ¡Es por primera y última vez, recuerde!

Ella le ofreció la boca y Raye la besó prolongadamente.

—¿Me perdona? —pidió, llorosa.

—Sí.

—¡Pero esto es su fin!

—¿Y qué mas da? —Se encogió de hombros—. ¡Me lo merezco!

Edith se apartó, se enjugó las lágrimas y entró en la habitación contigua para despedirse de Anna, que seguía batallando con la carta de agradecimiento y no esperaba verla irse tan pronto. Raye la acompañó a la calle y al cabo de tres minutos ya estaba en un coche de caballos rumbo a la estación de Waterloo.

Regresó junto a su mujer y con delicadeza le ordenó:

—Olvídate por hoy de la carta, Anna. Arréglate, porque también nosotros debemos irnos enseguida.

La simple muchacha, animada por la sensación de estar casada de verdad, manifestó su alegría al ver que la trataba con el mismo afecto de siempre después de semejante revelación. No sabía que a ojos de su marido su existencia era como una galera en la que él, exigente hombre de ciudad, se había encadenado de por vida, compartiendo pena con aquella campesina analfabeta encadenada a su lado.

Edith regresó a Melchester aquel día con un semblante que reflejaba el intenso estupor del tormento y unos labios que aún se estremecían por la fuerza desesperada del beso de Raye. Había llegado al final de su sueño de pasión. Cuando al anochecer llegó a la estación de Melchester su marido la esperaba, pero, entre el desinterés de él y la preocupación de ella, no se encontraron, de modo que salió a la calle sola.

Echó a andar mecánicamente hacia su casa sin llamar a una calesa. Al entrar, el silencio le resultó insoportable; y subió a oscuras al cuarto donde había dormido Anna, en el que se quedó un tiempo, pensando. Después fue al salón y, sin saber qué hacía, se acurrucó en el suelo.

«¡Le he destrozado la vida! —no dejaba de repetirse—. Le he destrozado la vida por no haber querido traicionar a Anna».

Media hora después, una figura abría la puerta de la estancia.

—Ah, ¿quién anda ahí? —preguntó, sobresaltada, pues estaba a oscuras.

—Tu marido. ¿Quién si no? —dijo el respetable vinatero.

—Ah, ¡mi marido! ¡Me había olvidado de que lo tenía! —susurró ella para sí.

—No te he visto en la estación —prosiguió él—. ¿Te has encargado de que Anna quedara casada y bien casada? Espero que sí, porque ya era hora.

—Sí. Anna se ha casado.

Mientras Edith volvía en tren a su casa, Anna y su marido subían a un vagón de segunda clase que se dirigía a toda velocidad a Knollsea. Iban sentados cada uno en un lado. Él llevaba en la mano un cuaderno repleto de hojas dobladas y escritas con letra apretada. Las abrió una tras otra y se puso a leerlas en silencio mientras suspiraba.

—¿Qué haces, querido Charles? —preguntó tímidamente Anna desde la otra ventanilla, antes de acercarse a él como si fuera un dios.

—Releo todas esas cartas maravillosas que recibí con la firma de «Anna» — contestó él con lóbrega resignación.

Otoño de 1891

LA TUMBA DE LA ENCRUCIJADA

Nunca paso por Chalk-Newton sin volverme a mirar hacia el alto vecino, a un punto en el que un sendero atraviesa la recta y solitaria carretera principal, marcando así la división entre esta parroquia y la siguiente. Es una vista que nunca deja de traerme a la memoria el suceso que una vez ocurrió allí, y aunque a estas alturas puede parecer superfluo desenterrar más recuerdos de historias de aldea, los susurros de ese lugar tienen derecho a exigir no ser olvidados.

Fue en una oscura —aunque apacible y excepcionalmente seca— noche de Navidad (según el testimonio de William Dewy de Mellstock, Michael Mail y otros) cuando los componentes del coro de Chalk-Newton —una gran parroquia situada aproximadamente a mitad de camino entre las ciudades de Ivell y Casterbridge, y ahora convertida en una estación de ferrocarril— salieron de sus casas, antes de la medianoche, con el fin de llevar a cabo la anual repetición de sus melodías bajo las ventanas de la población local. La banda de instrumentistas y cantores era una de las más numerosas del condado, y al contrario de la banda de Mellstock, más reducida pero de mayor calidad, que lo desdeñaba todo a excepción de la cuerda, contaba con músicos de metal y

madera durante los servicios completos de los domingos y ocupaba toda la tribuna lateral derecha.

Aquella noche había dos o tres violines, dos cellos, una viola, contrabajo, oboes, clarinetes, serpentón y siete cantores. Pero no fueron los trabajos del coro, sino lo que sus miembros tuvieron oportunidad de ver, lo que hizo de la noche una ocasión especialmente señalada.

Llevaban muchos años haciendo sus rondas sin que ningún incidente de tipo poco acostumbrado les saliera al paso, pero aquella noche, según las afirmaciones de varios de ellos, dos o tres de los más antiguos de la banda se encontraban —para empezar— en un estado de ánimo excepcionalmente solemne y meditativo: como si pensaran que los fantasmas de los amigos muertos que habían pertenecido al coro años atrás y que ahora estaban callados para siempre en el cementerio, bajo compactas masas de tierra, pudieran unirse a ellos —amigos que en sus tiempos habían mostrado mayor afición por la música de la que se mostraba en estos—. O que la voz pretérita de una figura semitransparente, en vez de la de un vecino vivo y conocido, pudiera balbucear, desde la ventana de algún dormitorio, su agradecimiento por la felicitación

nocturna. Sin importarles si aquello era producto de la realidad o de la imaginación, los miembros más jóvenes del coro se agruparon con sus acostumbradas alegría y despreocupación. Cuando ya estaban todos reunidos junto a los restos de la cruz de piedra que había en medio de la aldea —cerca de la posada del Caballo Blanco—, lugar del que hacían su punto de partida, alguien observó que se habían adelantado en exceso, pues todavía no eran las doce en punto. En aquellos tiempos, las murgas de Nochebuena locales procuraban no soltar una sola nota hasta que la mañana de Navidad hubiera llegado astronómicamente, y los miembros del coro, al no apetecerles en aquel momento volver a la cerveza, decidieron empezar por algunas cabañas de las afueras, de la vereda de Sidlinch, donde la gente no tenía reloj y no sabría si era de noche o de madrugada. Por consiguiente, se fueron en aquella dirección, y, mientras ascendían hacia terrenos más elevados, su atención se vio atraída por una luz que brillaba más allá de las casas, justo en lo alto de la empinada vereda.

La carretera que va desde Chalk-Newton hasta Broad Sidlinch tiene poco más de tres kilómetros de longitud, y en la mitad de su recorrido, al pasar por encima de la

colina, marcando la línea divisoria de las dos aldeas, se cruza —como ya se ha dicho— formando ángulos rectos con la solitaria, monótona y antigua carretera conocida por Long Ash Lane, que a menudo ha sido mencionada en estos relatos y que, recta como el trazo de un topógrafo y sobre los cimientos de una vía romana, recorre muchos kilómetros a norte y sur de este lugar. Aunque en la actualidad está completamente abandonada y por allí crece la hierba, a principios de siglo estaba bien conservada y tenía un tráfico abundante. La vacilante luz parecía proceder del lugar exacto en que las carreteras se cruzaban.

—¡Creo que ya sé lo que puede ser eso! —observó uno del grupo.

Los hombres del coro se detuvieron un momento para discutir la probabilidad de que la luz tuviera su origen en cierto suceso del que les habían llegado algunos rumores, y decidieron subir hasta el alto de la colina.

Al acercarse a la cima sus conjeturas se vieron confirmadas. Long Ash Lane se extendía a derecha e izquierda de donde estaban ellos, y vieron que en el punto de convergencia de los cuatro caminos, debajo del

poste indicador, cuatro hombres de Sidlinch, contratados al efecto, habían cavado una tumba a la que acababan de arrojar, mientras el coro se aproximaba, un cadáver. El caballo y el carro que habían llevado el cuerpo hasta allí estaban al lado, inmóviles.

Los músicos y cantores de Chalk-Newton se detuvieron y siguieron mirando mientras los sepultureros echaban tierra a la fosa y la pisoteaban, hasta que el hoyo quedó tapado por completo. Los hombres, entonces, dejaron los azadones en el carro y se dispusieron a marcharse.

—¿A quién han enterrado ahí? —preguntó Lot Swanhills alzando la voz—. No será al sargento, ¿verdad?

Los hombres de Sidlinch habían estado tan profundamente absortos con su tarea que no habían reparado, hasta entonces, en las linternas del coro de Chalk-Newton.

—¿Qué? Ustedes son los cantores de villancicos de Newton, ¿verdad? —contestaron los representantes de Sidlinch.

—Sí, señor. ¿Es el viejo sargento Holway el que han enterrado ahí?

—Así es. Entonces, se han enterado ya, ¿eh?

Los del coro desconocían los detalles, solo sabían que el domingo anterior se había pegado un tiro en el manzanal.

—Parece que nadie sabe por qué lo hizo, ¿verdad? O al menos en Chalk-Newton no lo sabemos —prosiguió Lot.

—Oh, sí. Todo se descubrió en la pesquisa judicial.

Los cantores se acercaron más, y los hombres de Sidlinch aprovecharon para tomarse un respiro después del trabajo y les contaron la historia.

—Todo fue por ese hijo suyo, pobre viejo. Se le partió el corazón.

—Pero si el hijo es soldado, seguro; ¿no está ahora con su regimiento en las Indias Orientales?

—Sí. Y el ejército lo ha pasado mal allí últimamente. Es una lástima que su padre lograra convencerlo de ir. Pero Luke no debería habérselo echado en cara al sargento, porque él lo hizo con buena intención.

Las circunstancias, en suma, eran las siguientes: el sargento que había tenido este lamentable final, padre del joven soldado que se había ido a Oriente con su regimiento, había tenido unas experiencias de la vida militar singularmente satisfactorias —que habían finalizado mucho antes de que la gran guerra con Francia estallara—. Al licenciarse, después de haber cumplido debidamente su período de servicio, había regresado a su aldea natal, se había casado y se había entregado, pacíficamente, a la vida doméstica. Pero la siguiente guerra en que se vio envuelta Inglaterra le había proporcionado muchos disgustos al verse imposibilitado, por culpa de la edad y de la enfermedad, para formar de nuevo parte de una unidad del ejército en activo. Cuando su único hijo se hizo un muchacho y se planteó la cuestión de cómo habría de ganarse la vida, el chico expresó sus deseos de ser artesano. Pero su padre le aconsejó, con gran entusiasmo, que se alistara.

—El comercio se está viniendo abajo en la actualidad —le dijo—. Y si la guerra con los franceses dura (que durará), el comercio se pondrá todavía peor. El ejército, Luke, es lo que te conviene. Es lo que me dio a mí una formación y es lo que te dará una formación a ti.

Yo no tuve ni la mitad de las oportunidades que se te presentarán a ti en estos tiempos espléndidos, mucho más aguerridos.

Luke vaciló, pues era un joven hogareño y amante de la paz. Pero, confiando respetuosamente en la opinión de su padre, cedió finalmente y se alistó en el batallón de infantería. Al cabo de unas cuantas semanas se le envió a la India para que se incorporara a su regimiento, que se había distinguido en Oriente a las órdenes del general Wellesley.

Pero Luke no tuvo suerte. Llegaron a su casa noticias indirectas de que había enfermado allí, y más tarde, un día, hacía poco, cuando el anciano padre estaba dando un paseo, recibió el aviso de que había una carta aguardándole en Casterbridge. El sargento envió a un mensajero especial que recorriera los catorce kilómetros y medio de distancia, pagara por la carta y la trajera a casa. Y así se hizo, pero, si bien la carta, como su padre había adivinado, era de Luke, el contenido del texto era totalmente inesperado.

La carta había sido escrita en un momento de profunda depresión. Luke decía que su vida era un suplicio y una

esclavitud, y le reprochaba amargamente a su padre el haberle aconsejado que se embarcara en una carrera que no iba, lo sentía, con su carácter. Se encontraba a sí mismo padeciendo fatigas y enfermedades sin obtener ninguna gloria, y comprometido con una causa que ni entendía ni estimaba. De no haber sido por los malos consejos de su padre, él, Luke, estaría ahora trabajando tranquilamente en un negocio que tendría en la aldea de la que nunca había deseado salir.

Tras leer la carta, el sargento se alejó unos pasos para que nadie pudiera verle, y entonces se sentó en un montículo que había al borde de la carretera.

Cuando se levantó, media hora más tarde, su aspecto era el de un hombre ajado y moralmente deshecho, y desde aquel día su natural buen humor lo abandonó. Herido en lo más hondo por las sarcásticas invectivas de su hijo, empezó a darse a la bebida con cada vez mayor frecuencia. Su mujer había muerto algunos años antes y el sargento vivía solo en la casa que había heredado de ella. Una mañana de aquel diciembre se había oído en los alrededores el estampido de un arma de fuego, y al entrar los vecinos en la casa se lo encontraron agonizante. Se

había pegado un tiro con un viejo trabuco que utilizaba para ahuyentar a los pájaros, y se desprendía —sin ningún género de dudas— de lo que había dicho el día anterior y de los preparativos que había hecho para su fallecimiento, que aquel final había sido planeado y deliberado, y que era consecuencia de la desesperación en que se había visto sumido por la carta de su hijo. La investigación judicial emitió un veredicto de suicidio.

—Aquí está la carta del hijo —dijo uno de los hombres de Sidlinch—. Se encontró en uno de los bolsillos del padre. Se puede ver, por su estado, que la releyó un montón de veces. En cualquier caso, hay que hacer lo que Dios ordena, porque así ha de ser, te guste o no.

La tumba estaba ya tapada y no formaba desnivel, pues no se le había puesto encima ningún montón de tierra. Los hombres de Sidlinch se despidieron del coro de Chalk-Newton y se marcharon en el carro que habían utilizado para llevar el cuerpo del sargento hasta la colina. Cuando sus pasos se hubieron apagado y el viento soplaba por encima de la solitaria tumba con su acostumbrado silbido de indiferencia, Lot Swanhills se volvió hacia el viejo Richard Toller, que tocaba el oboe, y le dijo:

—Es duro para un hombre, y más para un bravo soldado como él, que se le trate de esta manera, Richard. Desde luego que el sargento nunca estuvo en ninguna batalla mayor de la que se podría librar en una dehesa de medio acre, claro que no. Pero su alma debería tener las mismas oportunidades que la de cualquier otro hombre. Las mismas, ¿no?

Richard contestó que estaba completamente de acuerdo.

—¿Qué me dices de entonar un villancico delante de su tumba? Es Navidad y no tenemos ninguna prisa por empezar abajo, en la parroquia; y no nos llevaría ni diez minutos. Y además, aquí arriba no hay ni un alma para decirnos que no lo hagamos ni para enterarse de que lo hacemos, ¿eh?

Lot asintió con la cabeza.

—El hombre debería tener su oportunidad —repitió.

—Lo mismo da que escupas sobre su tumba, para lo mucho que vamos a hacer con él con cantarle nada: ahora ya está muy lejos de aquí —dijo Notton, el clarinetista y

escéptico oficial del coro—. Pero estoy de acuerdo si los demás lo están.

En consecuencia, todos se pusieron, formando un semicírculo, junto a la tierra recién removida y despertaron de su letargo al adormecido aire con el conocido número dieciséis de su repertorio, que Lot propuso por considerarlo el más indicado para la ocasión y el estado de ánimo:

«*Él viene a soltar a los cautivos,*
esclavos de Satanás».

—Caramba, nunca habíamos tocado antes para un muerto —dijo Ezra Cattstock cuando hubieron terminado la última estrofa y, pensativos, se disponían a darse un respiro—. Pero me parece más piadoso esto que largarse y dejarle así, como han hecho esos otros tipos.

—Ahora hay que volver a Newton; para cuando lleguemos a casa del párroco ya serán las doce y media —dijo el director de la banda.

Pero no habían hecho más que recoger los instrumentos cuando el viento les trajo el ruido de

un vehículo que, conducido a toda velocidad, venía de Sidlinch por aquel mismo sendero, por donde los sepultureros se habían marchado poco antes. Para evitar que el carro los arrollara a su paso, los miembros del coro decidieron esperar —para ponerse en marcha— a que el viajero nocturno, fuera quien fuese, los adelantara (y con el fin de que lo hiciera en el tramo más ancho de la encrucijada, donde estaban ellos en aquel momento).

Medio minuto después, la luz de las linternas iluminó un calesín de alquiler, tirado por un caballo jadeante y con el morro lleno de vaho. Al llegar a la altura del poste indicador una voz gritó desde el interior del vehículo:

—¡Pare aquí!

El cochero tiró de las riendas. La puerta del coche se abrió desde dentro y un soldado raso, vestido con el uniforme de algún regimiento regular, salió de un salto. Miró a su alrededor y pareció sorprenderse al ver allí a los músicos.

—¿Han enterrado ustedes a un hombre aquí? —preguntó.

—No. Nosotros no somos de Sidlinch, gracias a Dios; somos el coro de Newton. Pero un hombre acaba de ser enterrado aquí, eso es cierto, y nosotros hemos cantado un villancico sobre los restos del pobre mortal. Pero ¿es acaso Luke Holway el que están viendo mis ojos, el que se fue a las Indias Orientales con su regimiento? ¿O estoy viendo su espíritu, que ha venido directamente desde el campo de batalla? ¿Usted es el hijo que escribió la carta que…?

—No, no me hagan preguntas. Pero entonces, ¿el responso ha terminado ya?

—No ha habido responso, en el sentido cristiano de la palabra. Pero está enterrado, eso desde luego. Debe de haberse usted cruzado con los hombres, de vuelta con la carreta vacía.

—¡Como un perro en una zanja, y todo por mi culpa!

El soldado se quedó callado, mirando la tumba, y los miembros del coro no pudieron evitar sentir compasión por él.

—Amigos míos —dijo el joven—, ahora lo entiendo.

Supongo que ustedes, por caridad vecinal, han cantado por el descanso de su alma, ¿no es así? Les agradezco de todo corazón su piadoso gesto. Sí, yo soy el miserable hijo del sargento Holway. Soy el hijo que ha causado la muerte de su padre, ¡tan cierto como si lo hubiera hecho con mis propias manos!

—No, no. No se lo tome usted así, joven. Por lo que hemos oído, su padre llevaba ya abatido una buena temporada por nada en particular.

—Estábamos en el Oriente cuando le escribí. Todo parecía salirme mal. Justo después de enviar la carta se nos ordenó volver a casa. Por eso me ven ustedes aquí. En cuanto llegamos al cuartel de Casterbridge me enteré de esto… ¡Maldito sea una y mil veces! Creo que me atreveré a seguir el camino de mi padre y me mataré. ¡Es lo único que puedo hacer ya!

—No se precipite usted, Luke Holway, vuelvo a decírselo; en lugar de eso, trate de enmendar su vida en el futuro. Y tal vez su padre le eche una sonrisa desde el cielo por ello.

El soldado negó con la cabeza.

—¡No sé, no sé! —contestó con amargura.

—Inténtelo y sea digno de lo mejor que tenía su padre. No es demasiado tarde.

—¿Usted cree que no? ¡Me temo que sí!… Bueno, lo pensaré. Gracias por sus buenos consejos. De todas formas, viviré aunque solo sea para hacer una cosa: trasladaré el cuerpo de mi padre a un cementerio cristiano y decente, aunque tenga que hacerlo con mis propias manos. No puedo salvarle la vida, pero puedo darle una tumba honrosa. ¡No reposará en este lugar maldito!

—Sí. Como dice nuestro párroco, es una costumbre bárbara la que conservan en Sidlinch, y deberían abolirla. El hombre también fue soldado. Ya ve, nuestro párroco no es como el suyo de Sidlinch.

—Dice que es una barbarie, ¿verdad? Pues, ¡Eso es precisamente lo que es! —gritó el soldado—. Ahora, escúchenme con atención, amigos.

Y entonces les preguntó si estarían dispuestos a agrandar la deuda que él tenía con ellos haciéndose

cargo, en secreto, del traslado del cuerpo del suicida al cementerio (no al de Sidlinch, parroquia que ahora odiaba, sino al de Chalk-Newton). Les daría todo lo que poseía por hacerlo.

Lot le preguntó a Ezra Cattstock qué opinaba de ello. Cattstock, el violoncellista, que también era el sacristán, vaciló, y le aconsejó al joven soldado que antes sondeara al rector a ver qué pensaba de ello.

—A lo mejor pondría pegas y a lo mejor no. El párroco de Sidlinch es un hombre duro, lo reconozco, y dice que si la gente se mata en un arrebato debe sufrir las consecuencias. Pero el nuestro no piensa así en absoluto, y es posible que lo permita.

—¿Cómo se llama?

—Es el honorable y venerable señor Oldham, hermano de lord Wessex. Pero no tiene que tenerle miedo por eso. Hablará con usted como un hombre corriente siempre y cuando usted no haya bebido lo suficiente como para que le huela el aliento.

—Oh, ya, es el mismo que antiguamente. Le preguntaré. Gracias. Y una vez cumplido ese deber…

—¿Qué hará entonces?

—Hay guerra en España. He oído que ese es nuestro próximo destino. Trataré de demostrarme a mí mismo que soy lo que mi padre deseaba que fuera. Supongo que no podré… pero lo intentaré, con mi flaqueza característica. Eso lo juro… aquí, sobre su cuerpo. Y que Dios me ayude.

Luke dio un manotazo al blanco poste indicador con tanta fuerza que este se tambaleó.

—Sí, hay guerra en España. Y allí tendré otra oportunidad para ser digno de mi padre.

Así se dio por terminado el asunto aquella noche. Pronto se supo que el soldado raso había cumplido al menos una de sus promesas, porque un día de la misma semana de Navidad el rector entró en el cementerio cuando Cattstock se encontraba allí y le pidió que buscara un lugar adecuado para aquel enterramiento, añadiendo que él había conocido levemente al sargento y que no sabía de la existencia de ninguna ley que le prohibiera aceptar el traslado, después de haber examinado el precepto. Pero como no deseaba que pareciese que le movía el deseo de

enfrentarse con su vecino de Sidlinch, había estipulado que aquel acto de caridad se llevara a efecto de noche y con la mayor discreción posible, así como que la tumba estuviera en una zona oscura del recinto.

—Será mejor que vayas inmediatamente a advertírselo al joven —agregó el rector.

Pero antes de que Ezra hiciera algo al respecto, Luke fue a verle a su casa. Le habían acortado el permiso a causa de los recientes acontecimientos de la guerra peninsular, y, viéndose obligado a reincorporarse inmediatamente a su regimiento, no tenía más remedio que dejar la exhumación y el nuevo enterramiento en manos de sus amigos. Dejó pagados todos los gastos y les rogó a todos que se encargaran de que ambas cosas se llevaran a cabo enseguida.

Y con esto el soldado se marchó. Al día siguiente, Ezra, después de reflexionar sobre el asunto, fue de nuevo a la rectoría, acuciado por una repentina duda. Se había acordado de que el sargento había sido enterrado sin ataúd, y no estaba seguro de que no le hubieran clavado una estaca. El asunto iba a ser más complicado de lo que en un principio habían supuesto.

—¡Sí, es cierto! —murmuró el rector—. Me temo que, después de todo, no va a ser factible.

El siguiente suceso fue la llegada, en un carro, de una lápida mortuoria procedente de la ciudad más cercana para ser dejada en casa del señor Ezra Cattstock; todos los gastos pagados. Entre el sacristán y el carretero depositaron la losa en la letrina del primero, y Ezra, una vez solo, se puso los lentes y leyó la breve y sencilla inscripción:

AQUÍ YACE EL CUERPO DEL DIFUNTO SAMUEL HOLWAY, SARGENTO DEL …° REGIMIENTO DE INFANTERÍA DE SU MAJESTAD, QUE DEJÓ DE EXISTIR EL 20 DE DICIEMBRE DE 180…

ERIGIDO POR L. H.

«NO SOY DIGNO DE SER LLAMADO TU HIJO»

Ezra fue de nuevo a la rectoría, que estaba cerca del río.

—Ha llegado la lápida, señor. Pero me temo que no se pueda hacer de ninguna forma.

—Me gustaría complacer al joven —dijo el anciano y caballeroso presbítero—. Y de buen grado dejaría de cobrar hasta el último penique de mis honorarios. Pero si tú y los demás piensan que no se puede hacer, entonces no sé qué decir.

—Verá usted, señor, he interrogado a una mujer de Sidlinch acerca del entierro del sargento, y parece que lo que yo pensaba es verdad. Lo enterraron con una estaca de un metro ochenta, del redil de ovejas de North Ewelease, atravesándole el cuerpo, aunque ahora lo negarían. Y la cuestión es: ¿vale la pena hacer el traslado teniendo en cuenta lo embarazoso del caso?

—¿Has sabido algo más acerca del joven?

Ezra solo sabía que aquella semana se había embarcado rumbo a España con el resto de su regimiento.

—Y si está tan desesperado como parecía, no volveremos a verle más por aquí ni en Inglaterra siquiera.

—Es un caso embarazoso —dijo el rector.

Ezra volvió a hablar del asunto con el coro. Uno

sugirió la posibilidad de poner la lápida en la encrucijada. Aquello se consideró impracticable. Otro dijo que se podría colocar en el cementerio sin trasladar el cuerpo, pero aquello no les pareció honrado. De modo que no se hizo nada.

La lápida mortuoria se quedó en la letrina de Ezra hasta que este, harto de verla allí, la puso entre unos matorrales que había al fondo de su jardín. Los miembros del coro sacaban el tema de vez en cuando, pero siempre acababan diciendo:

—Teniendo en cuenta de qué manera se le enterró, difícilmente podríamos hacer ese trabajo.

Siempre tenían la convicción de que Luke no iba a regresar jamás, y esta impresión se veía fortalecida por los rumores que llegaban acerca de los desastres que le habían acaecido al ejército en España. Aquello contribuyó a que la inercia se hiciera permanente. La lápida mortuoria se puso verde a fuerza de estar durante tanto tiempo bajo los matorrales de Ezra; más adelante, el viento tiró un árbol que estaba junto al río, y, al caer encima de la lápida, la partió en tres pedazos. Finalmente, los pedazos quedaron enterrados entre las hojas y el moho.

Luke no había nacido en Chalk-Newton, y tampoco había dejado parientes en Sidlinch, de manera que no llegó ninguna noticia suya a ninguna de las dos aldeas mientras duró la guerra. Pero después de Waterloo y la caída de Napoleón, llegó a Sidlinch, un día, un sargento mayor inglés cubierto de galones y, como se descubrió más tarde, lleno de gloria. El servicio en el extranjero había cambiado de una manera tan absoluta a Luke Holway que hasta que dijo su nombre los habitantes no le reconocieron como el hijo único del sargento.

Había servido con entereza y eficacia en las campañas peninsulares a las órdenes de Wellington. Había luchado en Busaco, Fuentes de Oñoro, Ciudad Rodrigo, Badajoz, Salamanca, Vitoria, Quatre Bras y Waterloo, y ahora había regresado para disfrutar de una pensión más que ganada y descansar en su distrito natal.

Apenas permaneció en Sidlinch más tiempo del que le llevó comer algo a su llegada. Aquella misma tarde se encaminó, a pie y por la colina, hacia Chalk-Newton, y, al pasar por la encrucijada, miró hacia el poste indicador y dijo:

—¡Gracias a Dios que él ya no está ahí!

Estaba anocheciendo cuando llegó a la segunda aldea; sin embargo, se fue directamente al cementerio. Cuando penetró en el recinto había aún luz suficiente para discernir las lápidas mortuorias, y el soldado las escudriñó minuciosamente. Pero aunque buscó por la parte delantera, que daba a la carretera, y por la parte trasera, que daba al río, no pudo encontrar lo que buscaba: la tumba del sargento Holway y un monumento conmemorativo con la inscripción «No soy digno de ser llamado tu hijo».

Abandonó el cementerio e hizo averiguaciones. El honorable, venerable y anciano rector había muerto, y también muchos de los miembros del coro, pero, poco a poco, el sargento mayor llegó a enterarse de que su padre yacía aún en la encrucijada de Long Ash Lane. Luke siguió caminando, pensativamente, en dirección a su casa. Pero para hacerlo por la ruta acostumbrada tenía que volver a pasar por el lugar, ya que no había ninguna otra carretera que uniera las dos aldeas. Y se sentía incapaz de volver a pasar por aquel sitio, que ahora le lanzaba reproches con la voz de su padre; de modo que saltó la valla y anduvo errante por los campos arados para eludir el encuentro. Luke había soportado muchas luchas y fatigas sostenido

por la idea de que estaba reivindicando el honor de la familia y haciendo nobles reparaciones. Y sin embargo su padre yacía, aún, degradado. Que el cuerpo de su padre se viera obligado a sufrir por las malas acciones que él, Luke, había cometido, era más un sentimiento que un hecho, pero a su hipersensibilidad le parecía que los esfuerzos que había hecho por restablecer la reputación de su padre y aplacar la sombra del injuriado habían terminado en el más absoluto de los fracasos.

Se esforzó sin embargo por zafarse de su apatía, y, disgustándole la sociedad de Sidlinch, alquiló una pequeña cabaña que había estado deshabitada durante mucho tiempo en Chalk-Newton. Allí vivió, solo, convirtiéndose en un verdadero ermitaño y no permitiendo que mujer alguna entrara en la casa.

La primera Navidad que siguió al establecimiento de su morada allí dentro, Luke estaba sentado, solo, junto al rincón de la chimenea, cuando oyó unas débiles notas musicales en la lejanía; poco después una canción se elevó, atronadoramente, hasta su ventana. Eran, como de costumbre, los cantores de villancicos; y aunque muchos de los de la vieja hornada, incluidos Ezra y Lot,

descansaban eternamente, se seguían interpretando los mismos viejos villancicos sacados de los mismos viejos libros. Las conocidas estrofas que el ya fallecido coro había dedicado a la tumba de su padre resonaron a través de los postigos de la ventana del sargento mayor:

«*Él viene a soltar a los cautivos,*
esclavos de Satanás».

Cuando terminaron se fueron a otra casa, dejando a Luke abandonado, como antes, al silencio y a la soledad.

La vela necesitaba que la despabilaran, pero Luke no la despabiló y permaneció sentado hasta que se consumió en el candelero y provocó oleadas de sombra en el techo.

La alegría navideña de la mañana siguiente se vio quebrada a la hora del desayuno por una trágica noticia que se extendió por la aldea con la rapidez del viento. El sargento mayor Holway había sido encontrado con un tiro en la cabeza, que se había pegado él mismo, en la encrucijada de Long Ash Lane, donde su padre yacía enterrado.

Encima de la mesa de su cabaña había dejado

un papel escrito en el que expresaba su deseo de ser enterrado en el cruce, al lado de su padre. Pero el papel, accidentalmente, fue tirado al suelo, y nadie lo vio hasta después del responso por el alma de Luke, que tuvo lugar de la manera acostumbrada, en el cementerio.

Navidad de 1897

“En el salón no había ninguna luz encendida, pero el resplandor de la plaza bastaba para hacer visible su rostro. Era lo que suele denominarse una criatura interesante y no una mujer atractiva; tenía los ojos marrones, aire meditabundo y labios cargados de sensibilidad...

Colección
Lima Lee

